

Crónica de festivales y muertes en el río Grande de La Magdalena

Eliberto Sierra Gutiérrez

Abogado e historiador

Docente Universidad Santo Tomás,

Bucaramanga, Santander, Colombia

Correo electrónico: eliberto.sierra@ustabuca.edu.co

La fiesta

Cada 24 de abril se celebra el aniversario de Barrancabermeja. Se conmemora más que la llegada, el paso del blanco español por el río grande de La Magdalena y a la población que los indios Yariguíes llamaban La Tora. El río mostró la ruta a remo a los españoles en sus barcas improvisadas, luego a los indios en la época de La Conquista quienes trasegaron sus profundas aguas, más tarde los negros bogas en La Colonia mostraron más resistencia a las altas temperaturas y al trabajo físico del remo y la carga; finalmente, los champanes imponentes que trajo los primeros años de La República y el barco a vapor, incursionaron en las turbias y oscuras aguas.

Cada 23 de abril se celebra el Festival del Bollo en el barrio La Victoria de la ciudad bañada en petróleo. Las calles son adornadas con guirnalas, mesas y toldos en los cuales se exponen bollos de todo tipo: de yuca, plátano, coco, limpio, de mazorca, de huevas de pescado, entre otras variedades; los comensales divagan de estación a estación probando la diversidad del producto, en cada una de las mesas se escucha la voz grave de sudorosas negras y mestizas invitando a caer en la tentación del deguste; el sofocante calor que produce el ardiente sol de las tres de la tarde es acompañado del bullicio de la orquesta y los gritos de las bolleras que animan cada vez más a probar el sabor del Caribe; huele a hojas de bijao, a mazorca, a sudor, pero sobre todo huele a festival.

Los habitantes de “la bella hija del sol”, bajan al festival para probar y decidirse a comprar el

variado producto, blancas mujeres abanicándose y mirando con desdén la sudorosa apariencia de la negra que grita “¡patrona aquí se le tiene el bollito rico, con queso para que lo lleve...!” La calle 43 del barrio es cerrada por la policía, las motos y carros son cuidadas por niños morenos y descalzos que piden una moneda a cambio, las tiendas del barrio han sacado sillas y se han transformado en cantinas improvisadas en las cuales desde las once de la mañana se vende cerveza, eso sí, debe ser cerveza helada que logre sofocar el insoportable calor de abril.

El barrio

El barrio La Victoria de la comuna uno de Barrancabermeja fue fundado en los años 70, por migrantes que provenían de la costa Caribe y de los municipios del sur de Bolívar, personas que intentaron beneficiarse del auge del petróleo, pero la suerte no les favoreció y terminaron dedicándose a la pesca y la extracción de arena y cascajo. El barrio fue una iniciativa del padre Eduardo Serrano de aprovechar la sequía del Caño Cardales –afluente del río Magdalena– e irrumpir en esa arena, como si el agua no pasará factura y cada año no se inundaran las casas más allegadas al caño.

Dada la pobreza casi absoluta, el barrio ha sido estigmatizado –muchas veces sin razón, otras con justos comentarios– como el refugio de delincuentes, mi mamá me contaba que diagonal a la casa de mi abuela vivía doña María, ella tenía un hijo al que llamaban “John el largo”, había sido asesinado después de pagar 5 años de cárcel. La Calle 43 no tenía salida, el final de



la cuadra era conocido como “Punta brava” y contaban mis tías que quienes residían allí eran personas muy conflictivas y poco sociables, la verdad nunca me pareció, por el contrario, siempre las encontré amables. A mitad de cuadra se encontraba la familia Cantillo, los nietos de doña Julia de Cantillo vendían drogas, las consumían y robaban, del mayor se decía que había matado al hijo de don Rozo. Y eso solo era en la cuadra en la que vivíamos, las demás cuadras tenían sus propios protagonistas, de tal forma que, en los años 90, cuando llegó la guerrilla, ellos se adhirieron. Sin embargo, la fiesta fue por poco tiempo, pues la disputa por el territorio fue mortal ante los grupos paramilitares, más sanguinarios, más vengativos y restrictivos: quienes excedían el tiempo de ocio en las calles se les veía barriendo a pleno medio día, se inició la política de limpieza social que pretendía librar a las comunidades del microtráfico, el hurto, el homicidio y demás conductas a los cuales la fuerza pública le hacía el guiño. Fueron tiempos difíciles para la ciudad, el río devolvía sus muertos y las madres del Magdalena lloraban en la rivera esperando reconocer el cuerpo hinchado y morado de sus hijos, nietos, hermanos, esposos y padres. Mi mamá muchas veces me repetía que al salir del colegio no podía demorarme y mucho menos pararme en la esquina de la tienda de don Pinto: “ahí solo hay marihuaneros, eso no es para usted y si lo veo allá le voy a presentar a mi amiga la ruda que se lleva lo malo y pone lo bueno”, realmente nunca conocí a la amiga que decía mi mamá me presentaría.

Mi muchacho: El Moni

A finales de marzo de 2007 apareció debajo de las puertas de las casas del barrio La Victoria lo que llamaban “una lista negra”, en ella el grupo paramilitar advertía a 14 familias que iban a matar algunos miembros, había nombres que compartían los mismos apellidos, como el caso de los tres muchachos Cantillo, sin embargo, la amenaza no solo era para ellos, también para quienes estuvieran después de las 9:00 p.m. en

las calles; doña Luzmila que vivía a dos casas de la tienda de don Pinto, me contó:

Ellos se creían los dueños de todos aquí, con esa lista que nos enviaron sentíamos miedo, cuando alguien se demoraba en llegar a la casa imaginábamos que le había pasado algo, las calles estaban muy solas y fue peor después del 22 de abril.

Algunos de los que estaban en esa lista se fueron de la ciudad, a otros, sus familiares los redujeron a un régimen privativo de la libertad más estricto que la casa por cárcel.

“Pasaron los días, no pasó nada y la confianza volvió, pensamos que solo lo hacían para amedrantar y la calle volvió a ser la misma...” eso dijo mi tía Martha quien vivía con nosotros en ese entonces. Llegó la celebración del Festival del Bollo, todo era bullicio, y el barrio organizó el campeonato de microfútbol, un torneo por cuadras el cual finalizaba la noche antes del Festival.

El 22 de abril de 2007, día en que se jugaba la final del torneo de microfútbol en la cancha del barrio a las 8:45 p.m., aproximadamente, dos camionetas estacionaron en la parte lateral de la cancha, mientras que seis hombres armados con metrallicas caminaban en dirección a la cancha desde el lado opuesto, quienes alcanzaron a correr lo hicieron hacia la ciénaga y sin medir riesgo se lanzaron a la *pichera* de ciénaga de aguas negras. Esa noche las camionetas se llevaron nueve personas de la cancha y otras seis más de la esquina de la tienda de don Pinto. Entre los que se llevaron estaba Moni, un muchacho de 17 años, su padre era pescador y su mamá era ama de casa: doña Rosa, Vivian en “Punta brava”. Esa noche nadie salió de sus casas, no se escucharon a las bolleras preparar sus mesas y toldos y mucho menos llegaron personas de otras partes en busca de bollo, no hubo festival. Al despuntar el sol, doña Rosa, que no había podido dormir, salió a buscar a su hijo, ella sabía que si alguien le podía dar razón era “Hipinto” el jefe de los paracos en el barrio.

Nadie sabía de donde era Hipinto o si tenía familia, al igual que muchos de ellos, un día aparecieron en el escenario del barrio y nos acostumbramos a vivir con temor viéndolos transitar en sus motos grandes. Años después, cuando entré a trabajar en la Cárcel Modelo de Bucaramanga, en un programa de resocialización, lo encontré. No era el mismo negro corpulento, de mirada altiva y voz imponente; este era una pésima simulación de quien había ordenado la masacre del 22 de abril; la cárcel lo había doblegado, no sostenía la mirada y esta vez primero escuchaba a su interlocutor sin interrumpirlo, al finalizar cada frase la acompañaba de un “como usted diga doctor”.

La entrevista de Hipinto con doña Rosa no prosperó nada, por más que ella lloró, le suplicó y se resistió a irse, él solo se limitó a decirle: “mi señora, si su muchacho no debe nada, usted no tiene por qué temer, ya regresará a casa, vaya

mejor espérelo y no me haga perder más tiempo”. Ella salió de allí con la esperanza de que le regresaría a su muchacho, pero al llegar la tarde el desespero la hizo recurrir a doña Ninfa, quien era reconocida por la lectura del café, las cartas y una que otra artimaña para torcer ciertas voluntades, doña Rosa me contó que en el encuentro Ninfa le había dicho: “(...) su hijo aún está vivo, sus ojos ven el suelo, sus ojos ven el cielo, sus ojos ven las botas, sus ojos ven fuego y sus ojos ven el agua...” ¿qué significaba todo eso?, dice doña Rosa que preguntó, pero ni la misma Ninfa sabía interpretar el designio.

Dos días después a la altura de Casabe, dos pescadores sacaron del río el tronco sin extremidades de un hombre que en apariencia era joven, llamaron a las familias que buscaban sus familiares, pero fue doña Rosa quien reconoció tres lunares en la espalda de aquel tronco. *Vanguardia Liberal* tituló el artículo: “Des-





membrados y tirados al río Magdalena cuerpos de jóvenes desaparecidos el pasado 22 de abril". En ataúd sellado fue velado el muchacho en la casa de doña Rosa, toda la cuadra asistió y acompañó en el dolor a la familia, cada vez que un joven se acercaba, el llanto desgarrador y sonoro de la madre se escuchaba: "era mi muchacho" era lo que se entendía de forma indeleble.

La resocialización

En el 2005, los grupos de AUC se desmovilizaron en Colombia bajo el gobierno del expresidente Álvaro Uribe Vélez, se comprometieron a dejar las armas, contribuir con la verdad, ofrecer garantías de no repetición y apostarle a la resocialización, ello a cambio de pagar una pena intramural de ocho años. Todos quienes operaron en el Magdalena Medio fueron reclui-

dos en la Cárcel Modelo de Bucaramanga, en el patio seis. Allí inicié a trabajar y me encontré a muchos de ellos en el 2014, ya en confianza, les pregunté por ese hecho en específico, solo alías "piraña" me contó ciertos detalles:

No había nada que hacer doctor, había que enseñarles quien mandaba y ahí cayeron pecadores y cristianos (...) nos gustaba jugar con ellos, hacerles creer que los dejaríamos ir, luego les entregábamos cuchillos y veíamos como se mataban, el problema era que ensuciaban mucho, no hay nada más escandaloso que la sangre, ¿si la ha visto doctor? (...) con El Moni, se nos fue la mano, el muchacho no tenía ni la culpa, imagínese doctor que cuando fue la mamá al chino se lo teníamos en la última habitación y él escuchaba la berreada de la vieja Rosa y le dijimos que si abría la boca nos llevábamos a la vieja (...) primero lo torturamos, "el paisa" prendió la sierra y de un tajo se le llevó lo brazos, con lo que le quedaba de vida le arrancó las piernas

y como estábamos algo aburridos “Aldo” pidió la cabeza y empezamos a jugar futbolito en el patio de la casa...

El estupor y la conmoción me pudo más y decidí no seguir escuchándolo, saqué la excusa que debía atender a otra persona y me retiré. Camino al apartamento, en ese entonces vivía en Piedecuesta y el trayecto me daba tiempo para pensar en el día, volví a pensar en El Moni, en doña Rosa, en sus victimarios y recordé lo que le dijo Ninfa a doña Rosa: “sus ojos ven la arena, sus ojos ven el cielo, sus ojos ven las botas, sus ojos ven fuego y sus ojos ven el agua” al día siguiente entré al patio y llamé a Piraña nuevamente, solo le pregunté una cosa: ¿la cabeza de Moni la quemaron y la echaron al río? Y en respuesta directa me dio un Sí.

El río

El río no se queda con nada, él regresa por lo suyo y entrega lo que no le pertenece –eso decía mi abuela–. Allá en el barrio La Victoria, el mismo río busca su cauce en invierno reclamando el territorio que le pertenece y dejando familias damnificadas, otras veces se confabula con la muerte y retiene sus muertos, pero ya harto de acariciarlos los escupe y los devuelve. La cabeza de Moni nunca se encontró, por lo tanto, sigue en deuda con doña Rosa. Cada cuanto visito el barrio de mi infancia y al encontrarme a doña Rosa me saluda y me dice: “Primo, cómo estás de grande... sabías que El Moni este año cumple tu misma edad”. Para ella su hijo aún vive en el recuerdo, en los demás y nosotros somos sobrevivientes de una generación casi echada a perder.